

Volver (artículo inédito)

Decía el alemán Arno Schmidt que un escritor tiene que decidir en algún momento entre convertirse en un clásico y decir la verdad. Porque para llegar a clásico es necesario convertirse en portavoz de los prejuicios dominantes en la sociedad y evitar a toda costa las estridencias, el mal gusto, aquello que pueda atentar contra los valores consensuados; un atajo para lograrlo es una obra de la que se desprenda algún tipo de identidad nacional. Entonces las autoridades se apresuran a aplaudir y condecorar al artista, y le hacen un sitio en el Parnaso nacional.

Volver me hizo pensar en esa frase de Arno Schmidt y me provocó la misma decepción que sentí ante *El fabuloso destino de Amélie Poulain*. Después de las muy originales *Delicatessen* y *La ciudad de los niños perdidos*, *Amélie* me parecía blanda, deseosa de encantar y de sacar a su director del cajón de los tipos raros. Sí, se mantenía cierta originalidad estilística, cierta extravagancia onírica... pero con las aristas limadas para que nadie se corte, un producto mucho más inofensivo que la cruel *Delicatessen*. Por fin podía acceder el director Jeunet al reconocimiento universal, aspirar al Oscar con esa película de buenos sentimientos y final feliz, que muestra un Montmartre pintoresco, limpio, casi sin inmigrantes. Tan francés.

Y no es que un artista tenga la obligación de ser transgresor o violento u ofensivo, ni de serlo toda su vida porque lo fue en el pasado, pero *Volver*, como *Amélie*, parece adular las expectativas del público para conseguir un mercado lo más amplio posible.

Por un lado, mediante la españolidad de sus personajes. Las protagonistas, a medio camino entre prototipos y caricaturas de españolas, hacen guiños al espectador nacional, que reconoce rasgos y situaciones de una España a la que la mayoría ya no pertenecemos y por eso podemos reírnos como ante las manías o vulgaridades de parientes lejanos, entrañables mientras se mantengan así, lejanos. Y el público extranjero recibe la necesaria dosis de exotismo, se le transmite una imagen pintoresca y simpática de la “España profunda”: otra vez el “typical spanish” como gancho publicitario .

Al mismo tiempo, *Volver* se suma a la idealización políticamente correcta de la mujer, que domina el discurso público. Con frecuencia escuchamos que las mujeres son mejores o más sabias que los hombres, violentos y ambiciosos por naturaleza; en televisión y en la prensa se puede hablar mal de los hombres sin que nadie se escandalice, o hacer chistes sobre “ellos”; pero ay de quien haga lo mismo con las mujeres. Sin embargo, idealizar a la mujer siempre ha sido una forma de mutilarla y relegarla a un papel predeterminado.

También *Volver* presenta un mundo en el que los hombres son infieles, abusan de sus hijas, beben, no sirven para nada. Son las mujeres, con una solidaridad maravillosa, las auténticas heroínas. A ellas no les alcanza la culpa: da igual que la abuela haya asesinado a dos personas, que la madre encubra la muerte del marido y decida por sí misma lo que es justo o injusto, que estafe a su vecino. Y están mucho mejor sin hombres; ya lo dice la abuela a Soledad, cuando ésta confiesa que no cree que vuelva su marido: “Mejor, así estamos las dos juntitas”. En la siguiente escena Soledad se mete en la cama de su madre: la mujer, infantilizada, asexuada en el supuesto paraíso de la solidaridad femenina y maternofilial, ya no necesita al varón: el cuerpo de mamá le da el calor necesario. Esa simbiosis se refleja en otras frases como “Entre nosotras nos apañamos”, o en la promesa, que a mí me parecería una amenaza: “Nos veremos todos los días”.

Desde un punto de vista formal, *Volver* es tan brillante como casi todas las películas de Almodóvar, y tiene aquí y allá sus habituales golpes de ingenio, pero su homenaje

a la mujer española –sacrificada, solidaria, madre antes que mujer–, resulta tan artificial y complaciente como el Día de la Madre durante el franquismo. Almodóvar, si se descuida, va a acabar convertido en clásico.